

La alta sociedad y la política en el Buenos Aires del novecientos: la sociabilidad distinguida durante el orden conservador (1880-1916)

Leandro Losada*



La alta sociedad porteña experimentó transformaciones significativas en el cambio del siglo XIX al XX con relación a décadas anteriores. La ostentosa y cosmopolita *high society* del 900 pocos puntos en común guardaba con la vida social austera, rudimentaria y aún esencialmente criolla de la “gran aldea” del tercer cuarto del siglo XIX. En efecto, la prosperidad económica de los años previos a la Gran Guerra permitió que la clase alta porteña tuviera también su *belle époque*. Las noches líricas en el nuevo Colón (inaugurado en 1907), las carreras hípicas en el hipódromo de Palermo, los suntuosos bailes en los grandes palacios residenciales de plaza San Martín, Barrio Norte y Recoleta, el desfile de carruajes en los parques de Palermo, el Jockey Club y el Círculo de Armas, los prolongados viajes a Europa, la temporada estival en Mar del Plata, son algunos de sus rasgos más característicos y las manifestaciones locales de un cambio en el estilo de vida de las burguesías extendido en todo Occidente. Las transformaciones en la alta sociedad no sólo fueron, sin embargo, epifenómenos resultantes de las nuevas circunstancias del fin de siglo porteño. Hubo asimismo una búsqueda activa de construir el estilo de vida de una clase social distinguida, que la diferenciara dentro de una sociedad móvil y porosa, que ratificara las rupturas con su propio pasado y que también corrigiera los defectos a que podían conducir las nuevas condiciones reinantes (como lo expresan los recurrentes apuntes contra el “rastacuerismo”, en referencia a las conductas burdamente ostentosas de los integrantes de la alta sociedad en sus periplos europeos).¹ La inculcación de comportamientos civilizados, es decir definidos por la moderación y el autocontrol, fue en este sentido uno de los propósitos centrales de la construcción de la distinción social en la elite porteña.²

El mundo de la política atravesó también cambios sustantivos entre 1880 y 1916. Por un lado, la culminación del proceso de organización institucional con la afirmación del Estado nacional después de la federalización de la ciudad de Buenos Aires en 1880 puso fin a décadas de conflictos y luchas armadas. Por otro, se produjo la apertura de un ciclo de estabilidad político-institucional inédito hasta entonces, representado por el “orden conservador” hegemonizado por el Partido Autonomista Nacional (PAN). Finalmente, tuvo lugar una paulatina complejización del campo político, como consecuencia de la conjugación de diversos factores: la aparición de nuevas fuerzas políticas que agruparon a integrantes de las elites criollas disidentes u opositores del PAN, y/o que representaron a los sectores sociales surgi-

* IEHS, Unicen-CONICET.

- ⁶² “Personal”, *La Prensa*, 1 de junio de 1901.
- ⁶³ “Personal”, *La Prensa*, 5 de septiembre de 1899.
- ⁶⁴ *La Nación*, 28 de septiembre de 1889. También *La Prensa*, 31 de enero de 1889.
- ⁶⁵ “Personal”, *La Prensa*, 13 de septiembre de 1900.
- ⁶⁶ Véase el caso de Juan Gutiérrez en “A la pesca de noticias”, *La Nación*, 8 de agosto de 1891; el de Alfonso López en “Personal”, *La Prensa*, 6 de septiembre de 1902.
- ⁶⁷ “Duelo: acta”, *La Nación*, 13 de mayo de 1893.
- ⁶⁸ Véase S. Gayol, “Elogios, deslegitimación y estéticas de las violencias urbanas: Buenos Aires 1870-1920”, en S. Gayol y G. Kessler (comps.), *Violencias, delitos y justicias en la Argentina*, Buenos Aires, Manantial-UNGS, 2002.
- ⁶⁹ “Duelo”, *La Nación*, 22 de julio de 1904.
- ⁷⁰ Véase P. Bourdieu, *La distinction, critique sociale du jugement*, París, Minuit, 1979.
- ⁷¹ S. Gayol, “Duelos, honores, leyes y derechos: Argentina, 1887-1923”, *Anuario IEHS*, 14, 1999.
- ⁷² Para el duelo popular véase S. Gayol, *Sociabilidad en Buenos Aires*.
- ⁷³ Sobre el derecho a armarse y los cuestionamientos a esta forma de intervención política, véase H. Sábato, “El ciudadano en armas: violencia política en Buenos Aires (1852-1890)”, *Entrepasados*, 13, 23, 2002, y P. Alonso, “*La Tribuna Nacional y Sud-América: tensiones ideológicas en la construcción de la Argentina moderna en la década de 1880*”, en P. Alonso (comp.), *Construcciones impresas. Panfletos, diarios y revistas en la formación de los Estados nacionales en América Latina, 1820-1920*, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 2003.
- ⁷⁴ E. Gómez Carrillo, “El Código del duelo. Un duelo de Bruneau de Laborie. Les Lois du Duel. La evolución del combate singular. El duelo a pistola (para *La Nación*)”, *La Nación*, 3 de noviembre de 1912.
- ⁷⁵ “Desafío”, *La Nación*, 4 de febrero de 1886.
- ⁷⁶ J. Needell, “Optimism and Melancholy: Elite Response to the *fin de siècle bonaerense*”, *Journal of Latin American Studies*, 31, 1999.



dos al compás de la modernización económica y social también acelerada en estos años; la fractura del oficialismo en el paso de siglo; la recomposición de la clase política a caballo de las transformaciones en la sociedad provocadas por la inmigración masiva; y cambios significativos en la organización y la acción políticas, esencialmente la progresiva constitución de partidos políticos en los que, si siguieron siendo gravitantes los liderazgos personales antes que las propuestas programáticas, también se observó el propósito de tener una presencia estable y permanente en la sociedad, no sólo limitada a los episodios electorales.³

Precisamente, la relación entre la alta sociabilidad y la política en el fin de siglo porteño es el eje de este trabajo. En efecto, según se planteará en las líneas que siguen, la sociabilidad fue uno de los principales canales para construir la distinción social, mientras que la expulsión de la política como eje estructurante de tales entidades sociales fue considerada una de las condiciones necesarias para que éstas pudieran consolidarse y contribuyeran así a aquel propósito. En este sentido, el argumento a desarrollar en estas páginas se puede sintetizar de la siguiente manera; la construcción de una clase distinguida y civilizada a través de la sociabilidad requirió –para sus principales impulsores– de la erradicación de la política como factor convocante de la vida social. Esta erradicación, sin embargo, distó de conseguirse pero, aun así, la política también dejó de ser un elemento de fractura en las relaciones sociales de la clase alta porteña del cambio de siglo, al menos con la intensidad que lo había sido hasta entonces. Esto fue el resultado de cierto éxito civilizatorio propulsado por la sociabilidad, pero también de la recomposición de la relación entre el alto mundo social y el campo político: al compás de la modernización, la alta sociedad perdió importancia relativa como ámbito de construcción de poder político y de ejercicio de la política a manos de otras esferas, adyacentes y más específicas (como el partido). Finalmente, también se señalará que el hecho de que la política dejara de ser un eje estructurante de la sociabilidad pudo tener una implicancia negativa para la elite en su actuación política: dificultar su constitución como un actor político colectivo. El trabajo se concentra en la sociabilidad formal, es decir, en los clubes sociales del alto mundo porteño, y especialmente en el Jockey Club, la principal institución de estas características durante el orden conservador.⁴

“Las pasiones políticas que dividen”: por una sociabilidad distanciada de la política

La conformación de ámbitos de sociabilidad movilizados por intereses políticos o afinidades políticas y la existencia de sociabilidades que traducían el faccionalismo político habían sido rasgos característicos en la alta sociedad porteña a lo largo del siglo XIX.⁵

En efecto, la íntima relación entre alta sociabilidad y política perduró cuando al compás del auge asociacionista post Caseros aparecieron los clubes sociales que se definieron más decididamente como espacios volcados al ocio, es decir, al cultivo de actividades culturales, deportivas y de esparcimiento en general. Éste fue el caso, por ejemplo, del Club del Pro-

greso (creado en 1852) donde el propósito de modificar aficiones y costumbres a través de consumos ociosos y suntuarios (en la medida en que lo permitía el austero contexto de la “gran aldea”) convivió con un claro reconocimiento de preocupaciones políticas como móviles fundantes y convocantes.⁶ Como lo rezaba su acta fundacional, el club pretendía uniformar “en lo posible las opiniones políticas por medio de la discusión deliberada y mancomunar los esfuerzos de todos hacia el progreso moral y material del país”.⁷

El vínculo cercano entre política y sociabilidad, sin embargo, no favoreció durante el tercer cuarto del siglo XIX una solución de las rivalidades políticas gracias a las afinidades más ampliamente sociales que construiría la sociabilidad (como lo pretendía el Club del Progreso) sino que se tradujo en una fractura o división de los espacios de sociabilidad como consecuencia de la vigencia de las rivalidades políticas.

Esto último sucedió en el propio Club del Progreso. Diego de Alvear, su impulsor y primer presidente, debió abandonar el cargo a mediados del mismo año fundacional de 1852 como consecuencia de las repercusiones en la ciudad del Acuerdo de San Nicolás, a causa de sus simpatías por Justo José de Urquiza y a pesar de haberse opuesto personalmente al acuerdo. En consecuencia, del filourquicismo inicial predominante en el club (incluso se llegó a celebrar un banquete en honor a Urquiza poco antes del 11 de septiembre) se pasó a una hegemonía de figuras vinculadas con el Partido Liberal porteño.⁸

Así, la identificación de distintos clubes sociales con determinadas tendencias políticas e incluso su aparición a causa de los conflictos desprendidos del campo político perduraron entre los años 60 y 80 del siglo XIX. Por ejemplo, los sectores porteños filourquicistas, e incluso de antecedentes rosistas, que habían sido desplazados del Progreso, crearon en los albores de la década de 1860 el Club del Plata. Bernardo de Irigoyen, uno de sus impulsores, contó entre sus principales motivaciones el evitar que el Progreso y sus directivos fueran “los únicos oráculos” de referencia social de la ciudad.⁹ Asimismo, aun a fines del siglo XIX el Club del Progreso era todavía definido como el “centro de un partido que fue primero genéricamente llamado unitario”, expresión que efectivamente ilustraba el predominio de los intereses porteños consolidado desde los años 50.¹⁰

Por lo demás, conviene señalar que este fenómeno distó de estar restringido a la ciudad de Buenos Aires, como lo ilustran por ejemplo los recuerdos de Vicente C. Gallo sobre la Tucumán del tercer cuarto del siglo XIX: “Las familias que concurrían al Club Social no asistían al Club del Progreso y a la inversa [...]. La política estaba en todas partes”.¹¹

De esta manera, en las postrimerías del siglo XIX ganó fuerza la idea de que la política atentaba contra el agrupamiento más ampliamente social que debía propiciar la sociabilidad y, por lo tanto, que debían fortalecerse las barreras que separaran a una de otra.

Las disposiciones estatutarias de clubes como el Progreso o el Jockey sobre la prohibición de hablar de política en sus recintos, más allá de su –seguramente– dudosa eficacia, son signos ilustrativos de esa búsqueda de distanciamiento.¹² En el caso del Jockey se aprecia claramente, además, que las conversaciones sobre política se consideraban atentatorias del comportamiento civilizado que el club debía promover entre sus socios. Así, en el mismo artículo se prohibía hablar de política y “levantar la voz”, es decir, hablar sin la mesura que debía definir a un hombre distinguido: “Es absolutamente prohibido hacer discusiones políticas o de carácter personal, o levantar la voz más de lo acostumbrado en la conversación general”.¹³

La influencia disolvente de la política en los propósitos que debía alcanzar la sociabilidad (una congregación sin fisuras de la elite; conductas que ratificaran la distinción social) fue una idea recurrente entre los directivos y principales referentes de los clubes más destacados de la alta sociedad porteña en el cambio de siglo.

Así, Roque Sáenz Peña, al inaugurar la nueva sede del Club del Progreso en Avenida de Mayo en 1900, señaló que esperaba que de allí en más “no penetre en su seno la discordia de [las] pasiones políticas que dividen, fragmentan y debilitan instituciones sociales que deben ser en todo tiempo campo de tregua, de reposo y de fraternidad”.¹⁴ Carlos Pellegrini lanzó apreciaciones similares con relación al Jockey Club: como escribiera a Estanislao Zeballos, una de las principales satisfacciones que le retribuía el Jockey era que en él la política estaba vedada como tema de conversación.¹⁵

Sin duda, estas expresiones podían ser meros eufemismos o declaraciones sobre un “deber ser” que difícilmente se creyera posible –o incluso deseable– traducir a la realidad. Pero a su vez también es cierto que la alta sociabilidad del fin de siglo (como el propio Jockey Club –de 1882– o el Círculo de Armas –de 1885–) a diferencia del Club del Progreso en sus orígenes dejó de incluir a la política como uno de sus ejes fundantes o convocantes.

El Jockey se definió como “un centro social y una asociación que propende al mejoramiento de la raza caballar y al fomento de las actividades culturales, benéficas y deportivas de la República”.¹⁶ La constitución del Jockey como un centro orientado a la pedagogía estética y cultural de sus socios quedó claramente al descubierto con la inauguración de su palacio en la calle Florida en 1897, dotado con una serie de servicios (desde sala de armas a un restaurante administrado por los principales chefs de la ciudad de Buenos Aires) destinados a construir y expresar el objetivo que uno de sus principales impulsores –junto a Carlos Pellegrini–, Miguel Cané, definió como central de la institución: “Alcanzar ese pensamiento espiritual, esa cortesía de maneras y lenguajes que constituyen la esencia de la alta cultura”.¹⁷ El Club del Progreso modelizado por Sáenz Peña en 1900 siguió la misma huella con la inauguración de su nueva casa en Avenida de Mayo, ya mencionada, que ofreció servicios similares a los del palacio del Jockey, ampliando y renovando así los que había brindado su sede tradicional, el palacio Muñoa situado en Perú y Victoria (la actual Hipólito Yrigoyen).¹⁸ El Círculo de Armas, en tanto, apareció como un club orientado a impulsar el cultivo de la esgrima, afición de importante sentido simbólico no sólo por su carácter ocioso sino por alentar una disciplina gestual y corporal, y definir, civilizándolo, al “duelo de caballeros”.¹⁹

En efecto, las características de estas entidades responden a las singularidades del contexto social del que emergen, muy diferente al que había visto nacer al Club del Progreso a principios de los años de 1850: representan una sociabilidad cuyo eje estructurante son las actividades ociosas –deportivas, culturales– posibles por la prosperidad económica de la París del Plata, y orientadas a construir y expresar la distinción social de sus integrantes ante la móvil sociedad de ese entonces, en un contexto político en el cual la organización institucional había sido fundamentalmente concluida. Sin embargo, se pretendiera verdaderamente o no alejar a la alta sociabilidad de la política y a pesar de los nuevos móviles que alentaron la creación de los clubes sociales del fin de siglo porteño, la incidencia de la política en el alto mundo social perduró, aunque su impacto también se modificó si se piensa en el grado de fractura o división que había provocado hasta el tercer cuarto del siglo XIX.

La elección de comisión directiva del Jockey Club en 1902 es un acontecimiento ilustrativo para indagar en estos aspectos.

“La intromisión de la política en los asuntos de la casa”: las elecciones del Jockey Club de 1902

En ese año, las elecciones de comisión directiva del Jockey enfrentaron a dos listas, una encabezada por Benito Villanueva y otra por Vicente L. Casares. Se reencontraban así dos activos protagonistas de los recientes comicios de gobernador bonaerense: en estos, Casares había sido derrotado por Marcelino Ugarte, entre cuyos sostenes principales estuvo Villanueva. Las elecciones del Jockey se producían, además, en un momento de creciente división del orden conservador, del cual ambos eran emblemáticos exponentes. Casares era amigo de Pellegrini, que por esos años rompía su alianza política con Julio Argentino Roca. Aun más, entre 1903 y 1904 Pellegrini vio frustrada su aspiración presidencial en la asamblea de notables por las acciones emprendidas en esa dirección por Roca y Ugarte, que lograron imponer la fórmula Quintana-Figueroa Alcorta, y su candidatura al senado por la capital, a manos del candidato oficialista, justamente Benito Villanueva.

En la elección del Jockey, la lista “azul” de este último se impuso sobre la de Casares, hasta entonces presidente del club. Sin embargo, como la junta directiva se renovaba anualmente por mitades, se produjo una inevitable convivencia en la nueva comisión entre aquellos que provenían de la presidencia Casares y quienes accedieron a ella con Villanueva. Asimismo, ya que de acuerdo con el estatuto la propia comisión directiva designaba sus autoridades y la conformación de las dos comisiones que se distribuían la dirección del club (la de interior y la de carreras), el resultado fue una ríspida negociación que dio lugar a diversas presiones recíprocas, como la convocatoria a asamblea de socios movilizadas por Villanueva o la decisión unilateral de sus opositores de desconocer la autoridad del presidente y definir por sí mismos la composición de las comisiones.²⁰

El conflicto llegó así a un punto tal que debió recurrirse a una mediación de Pellegrini, teniendo en cuenta la dimensión simbólica de su figura en la institución. Ambos bandos decidieron acatar sin apelaciones la decisión que aquél tomara. Pellegrini ratificó la lista de Villanueva y determinó una composición homogénea de ambas subcomisiones. A tal punto



que la de carreras, uno de los ejes de la disputa (importante por ser la encargada de la administración del hipódromo y, así, del manejo de dinero que implicaba) si quedó a cargo de un “casarista” –Enrique Acebal– fue sin dudas un resultado por debajo de las aspiraciones de éstos, que habían pretendido no sólo la dirección sino todos los cargos de esta comisión.²¹

Este episodio revela en primer lugar la vigencia inalterada de las repercusiones de los conflictos políticos en la alta sociabilidad, aun cuando la política –acudiendo a una expresión de Tulio Halperín Donghi– hubiera pasado después del 80 de “viril deporte” a “ordenada administración”.²² En este sentido, el apoliticismo prescripto –según viéramos en el apartado anterior– hace pensar que en la alta sociabilidad del 900 se percibe un aspecto señalado para la sociabilidad popular de entreguerras: el declamado apoliticismo refleja la inci-



dencia activa de las identificaciones políticas sobre las sociales, antes que la erosión de su importancia.²³

En segundo lugar, las elecciones de 1902 en el Jockey reflejaron también cómo la política atentaba contra el comportamiento civilizado de la elite y, desde allí, contra su distinción social. Así aparece con claridad en las coberturas de la prensa: de apreciaciones previas al estallido del conflicto que permitían diferenciar las prácticas electorales de la elite en sus clubes sociales de las imperantes en el campo político (por más que muchos de sus protagonistas fueran los mismos) a juicios como los de *La Nación* que subrayaban cómo el Jockey, “contrariando una ejemplar tradición de camaradería, se halla convulsionado nerviosamente de un corto tiempo acá”.²⁴

El juicio más significativo en este sentido lo ofreció Miguel Cané, quien –como ya se ha señalado– había sido un promotor central de la definición del Jockey como un ámbito orientado a la construcción y expresión del refinamiento y de la distinción social. En carta desde París a su hijo (protagonista del conflicto –secretario durante la presidencia de Casares, Cané hijo siguió ocupando ese cargo luego de la elección de Villanueva–) escribió: “Nada ha podido disgustarme más que esos incidentes deplorables, debido a la intromisión de la política en los asuntos de la casa, intromisión de que ambos bandos son responsables [...] Pellegrini ha hecho bien en quedar neutral, porque si se inclina a cierto lado, pienso que la ruina de la casa estaba decretada”.²⁵

A ojos de Cané, Pellegrini era en efecto aquel que había sido capaz de demarcar lo público (las enemistades políticas) de lo privado (las elecciones de comisión directiva) y el exponente paradigmático de una conducta civilizada, al reconocer la victoria a quien fuera de allí era uno de sus rivales más gravitantes. De igual manera, su intervención había asegurado que “la casa” no fuera presa y rehén de los faccionalismos políticos, al evitar que se inclinara hacia alguno de los dos bandos enfrentados.

No obstante, también es necesario subrayar que el impacto de la política en la vida institucional del Jockey durante el orden conservador fue marcadamente diferente del que había tenido, por ejemplo, sobre el Club del Progreso en el tercer cuarto del siglo XIX.

En efecto, a pesar del recambio significativo de la clase política que supuso la irrupción del roquismo en 1880 (al promover al primer plano de la política nacional a las elites del interior en perjuicio de los grupos porteños) y de conflictos de importancia –aunque acotados en el tiempo– como el que enfrentó a laicos y católicos en los años 80, el Jockey Club, en sí mismo una creación de hombres claramente identificados con una tendencia definida en el momento de su fundación –el roquismo porteño–, no sufrió fracturas institucionales por cuestiones políticas durante el orden conservador como las que sí habían atravesado al Club del Progreso en las décadas anteriores. Los conflictos existieron pero –como el que hemos descripto– lograron resolverse sin llegar hasta ese punto de quiebre.

De esta manera, al recorrer la composición de las comisiones directivas del

Jockey, se puede comprobar la presencia de individuos pertenecientes a diferentes tendencias políticas, por trayectorias familiares o por inclinaciones personales. Así, conviven apellidos vinculados durante este período a los sectores porteños roquistas (Madero, Cané, Pellegrini –sin olvidar, claro está, la ruptura de este último con el PAN a comienzos del siglo XX–), a los sectores porteños antirroquistas (Mitre, Ocampo), a las elites políticas del interior (Juárez Celman, Roca, Correas), a los grupos católicos (Estrada) y a la Unión Cívica Radical (UCR) (Alvear).²⁶

Desde luego, esto no significa que los avatares políticos no dispararan resquemores, juicios recíprocos de descalificación, o incluso diferencias ciertamente apreciables en las costumbres y el estilo de vida. En este sentido, se podrían mencionar a modo de ejemplo los apuntes despreciativos de políticos porteños sobre hombres del interior integrantes de su mismo arco político (como la definición de Miguel Cané sobre José Evaristo Uriburu como “zongo de arriba”).²⁷ O los testimonios que describen cierta automarginación de las familias católicas de los círculos de la alta sociedad en los 80, como los vertidos por Marcelino Herrera Vegas con relación a la familia Pereyra Iraola: sus hijos “educados en gran rigorismo [...] durante la vida social de invierno, sólo concurrían al teatro y Marieta [la esposa de Herrera Vegas] fue una sola vez en su vida al baile de don Pepe Ocampo”.²⁸ Sin olvidar, claro está, las recurrentes menciones de Lucio V. Mansilla a sus antecedentes familiares rosistas como una de las cualidades que sostenían su excepcionalidad personal inter pares.²⁹

Sin embargo, junto a estos testimonios, también podrían mencionarse aquellos otros en los que las respetuosas o exultantes apreciaciones de rivales políticos son igualmente frecuentes. Allí están, por ejemplo, la admiración o la amistad declarada por personajes como Eduardo Wilde, Paul Groussac o Miguel Cané a figuras como Pedro Goyena o José Manuel Estrada.³⁰

En este sentido, aquí interesa subrayar especialmente que, sin desconocer todos estos matices, en el fin de siglo la fractura de espacios institucionales de la alta sociedad porteña como consecuencia de los conflictos o las tensiones políticas es apreciablemente más atenuada que en el tercer cuarto del siglo XIX. En las últimas dos décadas de esta centuria es apreciable cierto éxito civilizatorio al observar la tolerancia y la convivencia política que recorre a la alta sociabilidad, en el cual seguramente también incidió el sensible cambio en la naturaleza de los conflictos políticos que favoreció la normalización institucional lograda en 1880.

Las tertulias de Diego de Alvear, a comienzos de esa década, fueron significativas en este sentido al aceitar y estimular las relaciones entre los grupos porteños y provincianos del roquismo. En palabras de *El Diario*, allí se “ha sabido unir en indisoluble consorcio, la hidra de la política con la coqueta polvoreada de velutina, imagen de la moda y la galantería”.³¹ Las simpatías políticas de Diego de Alvear en los 80 no obstaron, a su vez, para que el Club del Progreso –cuyo porteñismo antirroquista se había hecho evidente durante el conflicto por la federalización de la ciudad en 1880– le rindiera honores a su otrora fundador cuando falleció el 13 de diciembre de 1887.³² Aun más, la moderación del porteñismo político del Progreso hacia el fin de siglo encuentra evidencias significativas en la correspondencia de Mariano de Vedia: allí supo marcar que Roca se refería a ese centro social como aquel “donde hay tantas y tantas personas distinguidas y tantos y tantos amigos”.³³

En consecuencia, lo señalado líneas arriba para el Jockey Club (la convivencia de apellidos de disímiles posicionamientos políticos en sus comisiones directivas, la forma de re-

solver los conflictos institucionales generados por cuestiones políticas) constituye una manifestación particular de una recomposición más amplia de la relación entre sociabilidad y política promovida por las reorientaciones que atraviesan tanto a la sociabilidad (la consolidación de inclinaciones o aficiones ociosas como ejes estructurantes de los clubes sociales del fin de siglo) como a la política (la normalización institucional) a partir de los años de 1880.

La alta sociedad y la política al compás de la modernización

Según lo señalado hasta aquí, en el cambio de siglo es apreciable en la conducción de los principales clubes sociales porteños la idea de que la sociabilidad debía protegerse de la política a causa de su potencialidad de fractura. En consecuencia, se la debía mantener alejada de los altos círculos sociales (restringir su incidencia en la vida institucional de estos últimos) o, en su defecto, lograr una resolución civilizada de los conflictos a que pudiera dar lugar. Este “deber ser”, con todo, no se tradujo necesariamente a la realidad –en caso de haber sido efectivamente perseguido– aunque sí, en cierta medida, las repercusiones de las tensiones políticas moderaron sus impactos en la *high society*.

Sin embargo, es necesario incluir aquí un aspecto adicional: el propio campo político podía distanciarse de la alta sociedad. Como afirmara Alexis de Tocqueville, en sociedades en vías de modernización la política y los “hombres distinguidos” tienden a alejarse recíprocamente: “Los instintos naturales de la democracia inducen al pueblo a apartar a los hombres distinguidos del poder [y] un instinto no menos fuerte lleva a éstos a alejarse de la carrera política, donde les es tan difícil continuar siendo lo que son y seguir en ese camino sin envilecerse”.³⁴

En efecto, el envilecimiento de la política es una apreciación que aparece reiteradamente en testimonios de resonantes figuras de la elite social porteña del cambio de siglo.

En palabras de Miguel Cané: “La vida oficial se subalterniza rápidamente en nuestro país, haciéndose cada vez más mecánica, por efecto del progreso mismo”. Las tareas de gobierno ya no eran prestigiosas en sí mismas sino que su significación dependía de las cualidades de sus ejecutores.³⁵ Un sentido similar recorre el diagnóstico que trazara Osvaldo Saavedra a comienzos de los años de 1910: los “administradores” que constituían la elite política contemporánea tenían una estatura histórica sensiblemente menor a sus predecesores “libertadores” y “constituyentes”.³⁶ A la chatura de la política provocada por su giro administrativo se sumaba otro ingrediente, subrayado con insistencia por los contemporáneos: el advenednicismo que ya facilitaba el orden conservador y que no permitía –en palabras de Lucas Ayarragaray– “discernir al político del politicastro”.³⁷

Juan Agustín García sintetizó ilustrativamente el distanciamiento entre la sociedad distinguida y la política que paulatinamente se había ido consolidando desde el fin de siglo: “Una línea de hombres políticos había dejado en el alma argentina la impresión seria de un contraste de incompatibilidad entre el espíritu y la práctica: era el arma usada por los mediocres para alejar de la acción pública a determinados hombres de talento. Así ocurrió con Miguel Cané y Lucio V. López”.³⁸

Ahora bien, los cambios que estas páginas reflejan a través de sus juicios de valor –mediocridad, envilecimiento, advenednicismo, “subalternización”– no son otra cosa que las

transformaciones que en la política provoca el proceso de modernización: la especialización (cuando no la profesionalización) que la recorre como actividad; el recambio social de la clase política alentado en Buenos Aires por la inmigración masiva y la movilidad social ascendente, y la constitución de una esfera política en la que se difuminan progresivamente la lógica notabiliar como forma predominante de construcción de fuerzas políticas y la exclusividad de las familias tradicionales como clase política.³⁹

De esta manera, la recomposición social de los elencos políticos y la paulatina definición de un campo político (en un sentido bourdeiano –dotado de reglas y lógicas específicas–),⁴⁰ visibles ya con anterioridad a la transición democrática, lateralizaron la importancia relativa del alto mundo porteño en esta dimensión de la sociedad. Sus integrantes siguieron siendo actores políticos relevantes, pero el alto mundo social dejó de ser el eje estructurante y exclusivo para la construcción de poder político o incluso de exitosas trayectorias políticas.

La importancia relativa de la alta sociedad en este sentido puede ilustrarse repasando someramente los vínculos que establecieron con una misma familia de la elite (la Alvear) dos “hombres nuevos” de la política, a comienzos y finales del período aquí considerado: Ramón Cárcano en los 80 y José P. Tamborini en los 10. Como recordara Cárcano, su incorporación al nuevo oficialismo nacional de los años 80 lo había llevado a recalar, de manera necesaria, en las tertulias de Diego de Alvear, ya mencionadas, para desde allí anudar y profundizar contactos políticos, inserción que sin embargo también le permitió familiarizarse con el mundo de la alta sociedad porteña (a pesar de su declarada “susceptibilidad provinciana” y su “retraimiento localista y desconfiado”).⁴¹

Diferentes, en cambio, son el contexto y las modalidades por las cuales Tamborini (que nació contemporáneamente a la llegada de Cárcano a Buenos Aires, 1886) se vinculó con otro Alvear, Marcelo Torcuato (sobrino de don Diego). La trayectoria política de Tamborini se debió a su inserción temprana en el radicalismo (ya participa en el intento revolucionario de 1905) que, continuada como elector presidencial en 1916 y como diputado nacional desde 1918, favoreció su relación con Marcelo T. de Alvear, de quien sería ministro del Interior en 1925-1928 en reemplazo de Vicente C. Gallo, y, por lo tanto, uno de los pocos miembros de ese gabinete que precisamente debía su puesto a su trayectoria en el partido. Un espacio más definidamente político –el partido– no ya el club o la tertulia resultaban los canales gravitantes para construir una exitosa trayectoria. Esto muestra, asimismo, que la vinculación con personajes de la *upper-class* es cada vez más, y ante todo, una relación con personajes relevantes por su peso específico en el campo político, peso específico en el que su origen social podía tener importancia, pero que necesariamente también se desprendía de la posesión de capitales específicos que otorgaran un lugar gravitante en el campo social de marras (y, en este sentido, el capital político de Alvear dentro del radicalismo debió más al beneplácito inicial de Hipólito Yrigoyen que a su origen social aristocrático).⁴²

Por lo tanto, al compás de la modernización, la política ya no se construye exclusivamente en la alta sociedad; los protagonistas y la lógica de la construcción de trayectorias y de poder políticos no excluyen pero sí rebasan las fronteras del alto mundo social porteño.





Por ello mismo, la especialización y la autonomización del campo político también constituyen un eje adicional para entender que se atenúen progresivamente sus impactos en el alto mundo social. En efecto, al no ser ya el escenario decisivo en la resolución de conflictos o en la construcción de relaciones y capitales políticos, la mella que la política puede hacer en las relaciones más definitivamente sociales –incluso en los vínculos familiares– también se matiza. Es sugestivo ver un indicador de esto último en la proliferación, y en la relativa aceptación, de identificaciones políticas diversas cuando no opuestas en las familias de la clase alta porteña, en buena medida porque la filiación política adquiere un carácter progresivamente instrumental, que aleja así horizontes de confrontación como los que describía Vicente Gallo para la Tucumán de mediados del siglo XIX. María Rosa Oliver dejó pasajes ilustrativos al respecto, al recordar las opiniones de su padre: “Entré al partido conservador porque era en el que más posibilidades tenía de llegar a ser diputado y de poder decir y hacer cosas... pero si tuviera un hijo en edad de meterse en política, no le aconsejaría que fuese conservador [...] Radical... Socialista, quizá [pero] anarquista no; son unos ilusos”.⁴³

¿Un triunfo pírrico?

Por lo tanto, en el fin de siglo porteño ganó fuerza el propósito de construir una sociabilidad en el alto mundo social que estuviera por encima de los clivajes políticos. El objetivo era afianzar el agrupamiento social de la elite y consolidar un proceso civilizatorio, en el sentido de reducir la violencia de las relaciones sociales en el interior de la *high society*, en tanto la política había sido un eje gravitante en las fracturas y tensiones que la habían recorrido a lo largo del siglo XIX. Así, desplazar la política como eje estructurante de la vida social era necesario para construir a la elite como clase, un propósito efectivamente perseguido por la sociabilidad, si consideramos su papel no sólo de agrupamiento social sino también de definición y construcción de un estilo de vida (aficiones, comportamientos, modales) orientado a la expresión de la distinción social.⁴⁴

Las resonantes declaraciones de los principales referentes de los clubes distinguidos de la ciudad –e incluso sus disposiciones estatutarias– sobre la necesidad de excluir la política de sus recintos son la manifestación más explícita de esta búsqueda de separar sociabilidad y política. Indudablemente, su exclusión o prohibición lejos estuvo de ser real o efectiva. Clubes como el Jockey, el Progreso o el Círculo de Armas siguieron siendo receptáculos y escenarios de discusiones, conflictos y negociaciones políticas, como lo muestra el incidente del Jockey en 1902.⁴⁵

Sin embargo, tampoco sería acertado concluir a partir de ello que el propósito de construir una sociabilidad que no reprodujera los clivajes políticos haya carecido de éxito: por el contrario, su impacto en la vida social se atenuó sensiblemente durante el orden conservador en comparación con momentos anteriores.

Precisamente, es pertinente pensar que las conductas y los comportamientos que estos ámbitos sociales buscaron afirmar entre sus integrantes jugaron un rol importante en ello. En efecto, la *politesse* que constituía el núcleo de la condición distinguida seguramente incidió en la manera de procesar y resolver los conflictos políticos, de lo cual resulta demostrativa la actuación de Pellegrini en los acontecimientos del Jockey en 1902.⁴⁶ Jugando con los términos aquí empleados, la civilización de conductas en la elite –alentada por la sociabilidad– contribuyó a que se civilizara la práctica de la política.

Sin embargo, también sería excesivo adjudicarle todo a la sociabilidad. Los cambios sucedidos en la esfera política también jugaron su papel. En efecto, el cierre de los conflictos alrededor de la distribución de poder y de la organización institucional del Estado nacional y, consecuentemente, la consolidación paulatina de agrupamientos políticos constituidos alrededor de afinidades personales recompusieron sensiblemente las características de las disputas.

La conjugación de estos factores, por lo tanto, contribuyó a que la alta sociabilidad lograra situarse por encima de los avatares de la política, aunque no fuera completamente inmune a ellos.

La constitución de sus núcleos directivos por personajes vinculados a distintas filiaciones políticas o la resolución de conflictos sin llegar a la ruptura abierta son evidencias sustantivas al respecto. En un sentido más amplio, también lo es que las identificaciones políticas no hayan sido ejes gravitantes en la articulación de las familias de la alta sociedad del 900.⁴⁷

Estos procesos distaron de ser exclusivos de la elite porteña de ese período. El desplazamiento de la política como eje estructurante de la sociabilidad ha sido señalado para distintas elites del cambio de siglo del XIX al XX.⁴⁸ En este sentido, resulta sugestivo poner en relación la recomposición del vínculo entre sociabilidad y política con la diversificación de esferas sociales y de la delimitación entre lo público y lo privado que apareja el proceso de modernización extendido en Occidente a lo largo de este período.

En efecto, el pretendido distanciamiento entre sociabilidad y política emerge como una arista singular del proceso de constitución de una esfera privada en la alta sociedad porteña, precisamente como consecuencia de algunos de los condicionamientos y de las repercusiones que provoca la modernización sobre ella. Éstos son los desafíos hasta entonces inéditos para la demarcación de diferencias sociales que aparejó el cambio estructural de la sociedad a caballo de la inmigración masiva y la movilidad social en el pasaje del siglo XIX al XX.

Si la sociabilidad anterior al 80 vio una incidencia de las demandas de lo público sobre las esferas privadas (de la cual una de sus manifestaciones más sintomáticas fue precisamente la repercusión de la vida pública en los ámbitos sociales privados, con su huella de división o fractura),⁴⁹ en el fin de siglo la sociabilidad debió responder más definidamente a demandas provenientes de la esfera de lo privado –la construcción de distinción– a causa de los desafíos planteados por el nuevo escenario social. Las características distintivas de los clubes surgidos en el cambio de siglo –del Jockey Club al Círculo de Armas– reflejan precisamente esta necesidad con su definida orientación a la afirmación de prácticas (culturales, deportivas, etc.) que sirvieran como símbolos de status. En otras palabras, el cambio en el escenario social también resulta un eje significativo para entender el desplazamiento relativo de la política como eje central de la alta sociabilidad del cambio de siglo.

Por otro lado, sin embargo, cabe reflexionar sobre las implicancias que tuvo la recomposición de la relación entre sociabilidad y política en la actuación política de la elite.

Según hemos planteado en las líneas anteriores, la modernización desplazó al alto mundo social como escenario privilegiado para la construcción de trayectorias y poder políticos, erosionando así su centralidad en esta esfera de la vida social (aunque esto mismo, a su vez, también contribuyera a atenuar el impacto de las confrontaciones políticas en la vida social de la elite).

Con todo, resulta interesante reflexionar sobre el papel que en esa paulatina marginalidad política podrían haber tenido las características que recorren a la alta sociabilidad desde fines del siglo XIX.

En este sentido, la lateralización de la política como eje articulador y estructurante de la sociabilidad permitió en efecto una convivencia entre figuras de distintas inclinaciones, pero a su vez también cabe pensar que impidió que la sociabilidad se convirtiera en una instancia óptima para intervenir sobre sus posibles conflictos, y aun más, para delinear consensos duraderos o una actuación conjunta de la elite en el campo político.

De ello es nuevamente un ejemplo sugestivo el episodio del Jockey en 1902: signo de una aparente convivencia pacífica, la existencia misma del conflicto –si no provocó un cisma institucional como sí había ocurrido en décadas anteriores en otras instituciones– sí muestra que esos espacios, antes que ser instancias positivas para la superación de las razones que disparaban los enfrentamientos, más bien dejaban soterrados conflictos latentes, que en ocasiones los convertían, además, en sus vías de manifestación.⁵⁰ Así, podría pensarse en un triunfo de la civilización a costa de la actuación política de la elite.

Es decir, la sociabilidad, al ponerse por encima de la política (más allá de su eficacia en esa puesta por encima) no operó sobre ella, al menos en el sentido de acercar a quienes reconocían filiaciones e inclinaciones disímiles. Es sugestivo ver una nítida manifestación de sus consecuencias en el hecho de que la expresión política de la elite social fue la heterogeneidad cuando no la división o la fractura a lo largo del orden conservador (y también después).

En este sentido, el panorama parece estar lejano al de una elite que calza en el molde que proponen autores como Wright Mills (es decir, una “elite del poder” cruzada por soluciones de continuidad favorecidas por espacios de socialización común), imagen que mantiene aún, probablemente, cierta vigencia como saber convencional de este período.⁵¹

No sólo como consecuencia de que semejante concepción supondría desconocer cómo el proceso de modernización social socavó su exclusividad como clase política; más aún, entonces, porque implicaría olvidar los matices que signaron a la relación entre alta sociabilidad y política. En efecto, episodios como el del Jockey en 1902 (pero también la propia historia política de la elite social porteña a lo largo de este arco temporal) sugieren que no debería asociarse apresuradamente el éxito conseguido en aceptar la convivencia social entre rivales políticos con consensos y acuerdos más definidamente políticos en el conjunto de la elite social porteña.



Notas

¹ Véase L. Losada, “Distinción y legitimidad. Esplendor y ocaso de la elite social en la Buenos Aires de la *belle époque*”, tesis de doctorado, UNCPBA, 2005.

² Véanse P. Bourdieu, *La distinción. Criterio y bases sociales del gusto*, Madrid, Taurus, 1988; N. Elias, *El proceso de civilización. Investigaciones sociogenéticas y psicogenéticas*, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 1993.

³ Véanse N. Botana, *El orden conservador*, Buenos Aires, Sudamericana, 1994; P. Alonso, *Entre la revolución y las urnas. Los orígenes de la Unión Cívica Radical y la política argentina en los años 90*, Buenos Aires, Sudamericana-Universidad de San Andrés, 2000; E. Gallo, “La consolidación del Estado y la reforma política”, en Academia Nacional de la Historia, *Nueva Historia de la Argentina*, t. IV: *La configuración de la República Independiente (1810-c. 1914)*, Buenos Aires, Planeta, 2000; E. Gallo y N. Botana, *De la república posible a la república verdadera*, Buenos Aires, Ariel, 1997; G. Ferrari y E. Gallo, *La Argentina del 80 al Centenario*, Buenos Aires, Sudamericana, 1980.

⁴ Sobre la primacía social del Jockey (creado en 1882) en este período, véanse F. Korn, “La gente distinguida”, en J.L. Romero y L.A. Romero, *Buenos Aires. Historia de cuatro siglos*, t. II, Buenos Aires, Abril, 1983; T.M. Edsall, “Elites, Oligarchs and Aristocrats: The Jockey Club of Buenos Aires and the Argentine Upper Classes, 1920-1940”, Ph. Diss., Tulane University, 1999; L. Losada, “La elite social de Buenos Aires. Perfiles y trayectorias sociales en una perspectiva comparada: el Jockey Club y el Club del Progreso (1880-1930)”, en AA.VV., *Familias, negocios y poder en América Latina*, Dirección General de Fomento Editorial de la Benemérita Universidad Autónoma de Puebla, México, e/p.

⁵ Véase J. Myers, “Una revolución en las costumbres: las nuevas formas de sociabilidad de la elite porteña, 1800-1860”, en F. Devoto y M. Madero (comps.), *Historia de la vida privada en la Argentina*, t. I: *País Antiguo. De la colonia a 1870*, Buenos Aires, Taurus, 1999.

⁶ Véanse P. González Bernaldo de Quirós, *Civilidad y política en los orígenes de la Nación Argentina. Las sociabilidades en Buenos Aires, 1829-1862*, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 2001, pp. 260-264; R. Di Stéfano, H. Sábato, L.A. Romero y J. L. Moreno, *De las cofradías a las organizaciones de la sociedad civil. Historia de la iniciativa asociativa en la Argentina*, Buenos Aires, Gadiis, 2002.

⁷ “Acta fundacional”, en Club del Progreso, *Datos históricos sobre su origen y desenvolvimiento*, Buenos Aires, 1902.

⁸ Véanse L. Gálvez, *Club del Progreso. La sociedad, los hombres, las ideas. 1852-2000*, Buenos Aires, s/e, 1999, pp. 11-14; H. Iñigo Carrera, “El Club del Progreso: de Caseros a la *belle époque*”, *Todo es Historia*, 57, enero de 1972; P. Fernández Lalanne, *Los Alvear*, Buenos Aires, Emecé, 1980, pp. 316-319.

⁹ Carta a V.F. López, citada por P. Fernández Lalanne, *Los Alvear*, p. 252.

¹⁰ Club del Progreso, *Datos históricos*, p. 89.

¹¹ V.C. Gallo, *De la vida cívica argentina*, Buenos Aires, Talleres Gráficos de la Argentina, 1941, p. 10. También ocurrió algo similar en Paraná, con la división entre el Club Socialista y el Club Argentino (si bien posteriormente se reunificaron bajo el nombre Club Socialista Argentino). Véase R. Di Stéfano, H. Sábato, L.A. Romero y J. L. Moreno, *De las cofradías...*, pp. 75-79.

¹² Véanse L. Gálvez, *Club del Progreso*, p. 19; Jockey Club, *Reglamento Interno*, Buenos Aires, 1897, art. 9, p. 21.

¹³ *Ibíd.*

¹⁴ *La Nación*, 9 de diciembre de 1900.

¹⁵ C. Pellegrini a E. Zeballos, 10 de noviembre de 1899, publicada en *Revista de Derecho Historia y Letras*, IX, XXV, agosto de 1906.

¹⁶ J. Newton y L. Sosa de Newton, *Historia del Jockey Club*, Buenos Aires, Ediciones La Nación, 1966, pp. 57-63.

¹⁷ Citado por R. Müller, *El Jockey Club de la calle Florida*, Buenos Aires, Jockey Club, 1997, p. 18. Esta obra es especialmente significativa para una detallada caracterización del palacio. La extensa correspondencia entre Cané y Pellegrini acerca de la ornamentación y decoración de la sede es también una fuente imprescindible para apreciar los propósitos culturales y estéticos perseguidos. Véase Archivo General de la Nación (AGN), S. VII, Fondo Cané, Leg. 2201 y 2203. Parte de esta correspondencia ha sido publicada –aunque con inexactitudes de lectura y de fechas– por J. Newton y L. Sosa de Newton, *Historia del Jockey*, cap. 5.

¹⁸ *La Nación*, 9 de diciembre de 1900; L. Gálvez, *Club del Progreso*.

¹⁹ Círculo de Armas, *En el centenario de su fundación*, Buenos Aires, 1985. Sobre el duelo como práctica de distinción social, véase S. Gayol, “Duelos, honores, leyes y derechos: Argentina 1887-1923”, *Anuario IEHS*, 14, 1999.

²⁰ Sobre las disposiciones estatutarias del Jockey en lo relativo a la elección de sus autoridades, véase J. Newton y L. Sosa de Newton, *Historia del Jockey Club*, pp. 13-24.

²¹ El conflicto puede seguirse a través de la prensa. La reconstrucción desarrollada en las líneas anteriores se sostiene sobre la que dedicó *La Nación* los días 7, 16, 17, 22, 23, 25 y 26 de abril de 1902 (fecha esta última que contiene el veredicto de Pellegrini).

²² T. Halperín Donghi, “Un nuevo clima de ideas”, en *El espejo de la historia. Problemas argentinos y perspectivas latinoamericanas*, Buenos Aires, Sudamericana, 1987, p. 248.

²³ Véase L. De Privitello, *Vecinos y ciudadanos. Política y sociedad en la Buenos Aires de entreguerras*, Buenos Aires, Siglo Veintiuno, 2003, p. 146.

²⁴ *La Nación*, 25 de abril de 1902. A comienzos de abril, antes del estallido del enfrentamiento entre ambos bandos, el semanario *La Mujer* había señalado: “Seguramente que, para el gobierno y los que dependen de su omnímoda voluntad, las elecciones habidas el lunes en el Jockey Club no tienen importancia alguna. No tienen importancia, para ellos, porque se han llevado a cabo con orden y corrección, sin que halla [sic] habido necesidad de lamentar los fuertes casos de matufía, a que tan apegados son los oficialistas [...] La asamblea del lunes en el Jockey Club, dio una lección a los poderes públicos digna de ser tomada en cuenta; pero no la tomarán seguramente”; *La Mujer*, IV, 10, 3 de abril de 1902.

²⁵ M. Cané a M. Cané (h.), París, mayo de 1902, AGN, S. VII, Fondo Cané, Leg. 2203.

²⁶ Los listados completos de las mismas pueden verse en J. Newton y L. Sosa de Newton, *Historia del Jockey*, cap. 11.

²⁷ Citado por E. Gallo, *Los nombres del poder. Carlos Pellegrini*, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 1998, p. 21.

²⁸ M. Herrera Vegas, *De un siglo a otro*, Buenos Aires, Dunken, 2002, p. 73.

²⁹ Su sobrino Daniel García Mansilla anotó incluso en sus memorias que “hube de sufrir no poco por dos handicaps [...]: el ser católico observante y sobrino nieto de Rozas”; D. García Mansilla, *Visto, oído, y recordado*, Buenos Aires, Kraft, 1950, p. 22. Sobre la personalidad de Lucio V. Mansilla, véanse A. Prieto, *La literatura autobiográfica argentina*, Buenos Aires, Centro Editor de América Latina, 1982, pp. 127-157; D. Viñas, *Literatura argentina y realidad política*, Buenos Aires, Centro Editor de América Latina, 1982, pp. 151-193.

³⁰ Véanse R. Sáenz Hayes, *Miguel Cané*, Buenos Aires, Kraft, 1955, pp. 135-136; B. Montero, *Miguel Cané. Impresiones y recuerdos (de mi diario)*, Buenos Aires, Ricordi, 1929, pp. 181-187; P. Groussac, *Los que pasaban*, Buenos Aires, Taurus, 2001 (1919), pp. 53-137; E. Wilde, *Recuerdos, recuerdos... Entre la niebla*, en *Obras completas. Literarias*, vol. VII, Buenos Aires, 1914. Véanse también las apreciaciones de F. Devoto sobre las memorias de Carlos Ibarguren en este mismo sentido, en su *Nacionalismo, fascismo y tradicionalismo en la Argentina moderna. Una historia*, Buenos Aires, Siglo Veintiuno, 2002, pp. 265-266.

³¹ *El Diario*, 5 de mayo de 1884.

³² Diecinueve de los veintiséis legisladores porteños que no obedecieron el traslado a Belgrano de las autoridades nacionales en 1880 eran miembros del Progreso. Véase L. Gálvez, *Club del Progreso*, p. 20.

³³ M. de Vedia a L. Sáenz Peña, s/f, AGN, S. VII, Archivo y Colección los López, Leg. 2409, Doc 7355. Véase también H. Iñigo Carrera, “El Club del Progreso”.

³⁴ A. de Tocqueville, *La democracia en América*, t. I, San José, Universidad Autónoma de Centroamérica, 1986, pp. 186-187.

³⁵ M. Cané a M. de Vedia, s/f, AGN, S. VII, Fondo Cané, Leg. 2204.

³⁶ O. Saavedra, “Nuestros políticos”, en *Revista Argentina de Ciencias Políticas*, t. X, 1915, pp. 601 y ss.

³⁷ L. Ayarragaray, *Cuestiones y problemas argentinos contemporáneos*, Buenos Aires, J. Laujane & Cía., 1930, p. 252. Véase J.N. Matienzo, *El gobierno representativo federal en la República Argentina*, Madrid, América, 1917, pp. 176-177, 320.

³⁸ J.A. García, *Cuadros y caracteres snobs. Escenas contemporáneas de la vida argentina*, Buenos Aires, Gath & Chaves, 1923, p. 92.

³⁹ Véase D. Cantón, “El Parlamento argentino en épocas de cambio: 1889-1916-1946”, *Desarrollo Económico*, 4, 13, abril-junio de 1964; P. Smith, *Argentina and the Failure of Democracy. Conflict among Political Elites 1904-1955*, University of Wisconsin Press, 1974, pp. 23-40; M. Ferrari, “Las elites políticas provinciales en tiempos de gobiernos radicales. El caso Córdoba (Argentina), 1916-1930”, *Anuario IEHS*, 16, 2001; L. Losada, “Distinción y legitimidad”, pp. 18-34.

⁴⁰ Véase P. Bourdieu, “Campo intelectual y proyecto creador”, en AA.VV., *Problemas del estructuralismo*, México, Siglo Veintiuno, 1967.

⁴¹ R. Cárcano, *Mis primeros ochenta años*, Buenos Aires, Plus Ultra, 1965, p. 212; P. Fernández Lalanne, *Los Alvear*, p. 357.

⁴² Véase F. Luna, *Alvear*, Buenos Aires, Sudamericana, 1999.

⁴³ Citado por M.R. Oliver, *Mundo, mi casa*, Buenos Aires, Sudamericana, 1970, p. 207.

⁴⁴ Sobre la sociabilidad como canal de construcción de identidades sociales a través de la definición y difusión de prácticas, consumos y conductas, véanse J. Canal i Morell, “El concepto de sociabilidad en la historiografía contemporánea (Francia, Italia y España)”, *Siglo XIX*, nueva época, 13, enero-junio de 1993; M. Agulhon, “La sociabilidad como categoría histórica”, en AA.VV., *Formas de sociabilidad en Chile 1840-1940*, Santiago de Chile, Fundación Mario Góngora, 1992.

⁴⁵ Otro ejemplo en este sentido: el Club del Progreso organizó una comisión para apoyar la candidatura presidencial de Roque Sáenz Peña. Citado por M. A. Cárcano, *Sáenz Peña. La revolución por los comicios*, Buenos Aires, Eudeba, 1977, p. 130, n. 39.

⁴⁶ Descripciones sumamente ilustrativas sobre las maneras y conductas distinguidas de los hombres políticos del 900 –entre ellos el propio Pellegrini– pueden encontrarse, entre otros, en P. de Lusarreta, *Cinco dandys porteños*, Buenos Aires, Kraft, 1943; M.A. Cárcano, *El estilo de vida argentino en Paz, Mansilla, González, Roca, Figueroa Alcorta y Sáenz Peña*, Buenos Aires, Eudeba, 1969; J. de Vedia, *Cómo los vi yo*, Buenos Aires, Manuel Gleizer, 1922; C. Ibarguren, *La historia que he vivido*, Buenos Aires, Dictio, 1977.

⁴⁷ Véase J.L. de Imaz, *La clase alta de Buenos Aires*, Buenos Aires, Investigaciones y trabajos del Instituto de Sociología, 1959. Esto no implica desconocer matices: estudios recientes han sugerido que las uniones matrimoniales entre provincianos y porteños habrían sido esporádicas, aunque esto no se atribuye exclusiva –ni siquiera principalmente– a asperezas originadas en la política sino a elementos adicionales como el distinto nivel de riqueza entre porteños y provincianos, mayor en los primeros que en los segundos. Véase S. Bower, “Political and Socio-Economic Elites: The Encounter of Provincials with Porteños in Fin-de-Siècle Buenos Aires”, *The Americas*, 59, 3, febrero de 2003.

⁴⁸ Véase M. Vicuña, *La belle époque chilena. Alta sociedad y mujeres de elite en el cambio de siglo*, Santiago de Chile, Sudamericana, 2001, pp. 50-56; J. Needell, *A Tropical Belle Époque. Elite Culture and Society in turn-of-the-century Rio de Janeiro*, Cambridge University Press, 1987, pp. 63-77; E. Digby Baltzell, *Philadelphia Gentlemen. The Making of a National Upper Class*, Chicago, Quadrangle Books, 1971, pp. 335-363; A.L. Cardoza, *Aristocrats in Bourgeois Italy. The Piedmontese Nobility, 1861-1930*, Cambridge University Press, 1997, pp 155-161.

⁴⁹ J. Myers, “Una revolución”, p. 137.

⁵⁰ Consecuencia, asimismo, de los señalados cambios de la política en el fin de siglo: la declinación de los “grandes debates” sólo podía constituirlos como una configuración de afinidades personales.

⁵¹ Véase C. Wright Mills, *La elite del poder*, México, Fondo de Cultura Económica, 1957, p. 273. En este sentido, sería interesante reflexionar detenidamente, desde la historia política, sobre las posibles implicancias que las relaciones entre sociabilidad y política aquí planteadas podrían haber tenido sobre el período 1916-1930, a la luz de los aportes ofrecidos por miradas renovadoras de la clásica teoría de las elites que han sostenido la estrecha relación entre “arreglos” entre elites y transiciones democráticas exitosas. Véanse M. Burton y J. Highley, “Elite Settlements”, *American Sociological Review (ASR)*, 52, junio de 1987; “The Elite Variable in Democratic Transitions and Breakdowns”, *ASR*, 54, febrero de 1989; R. Lachmann, “Class Formation without Class Struggle: an Elite Conflict Theory of the Transition to Capitalism”, *ASR*, 55, junio de 1990; P. Cammack, “A Critical Assessment of the New Elite Paradigm”, *ASR*, 55, 3, junio de 1990; M. Burton, J. Highley y G. Lowell Field, “In Defense of Elite Theory: a Reply to Cammack”, *ASR*, 55, 3, junio de 1990.

Liberados de su “Bastilla”: saenzpeñismo, reformismo electoral y fragmentación de la elite política en torno al Centenario

Martín O. Castro*



Una mentalidad de balance parecía guiar al menos a parte de los elencos dirigentes en la Argentina del Centenario, oscilando entre el optimismo por los logros de una elite que había contribuido a la realización de la unidad nacional y de una relativa estabilidad política, y la percepción de un régimen político asediado por los vicios oligárquicos. En 1910 poco o nada quedaba del formidable entramado político levantado en torno al Partido Autonomista Nacional (PAN), y las escisiones internas contribuían a la inestabilidad política y asumían la forma de una persistente fragmentación de la clase gobernante. Este trabajo aspira a contribuir a la comprensión de los años finales del orden conservador a partir de un análisis del proceso de constitución de la coalición antirroquista diseñada para instalar la candidatura reformista de Roque Sáenz Peña. En un escenario político caracterizado por una gran fluidez y volatilidad de los alineamientos políticos, la candidatura saenzpeñista lograría congregarse a un vasto abanico de facciones que competían en sus críticas al ordenamiento político del país encarnado en la figura del general Julio Argentino Roca. En un régimen en el cual sectores importantes de las elites provinciales y de los representantes en los cuerpos legislativos nacionales expresarían sus temores frente a la apertura de un “proceso de institucionalización de la incertidumbre” y a una renovación del sistema político que diera forma a un acceso a posiciones de poder a facciones marginadas de la elite política, las posibilidades de un acuerdo intraelite que condujera a una apertura consensuada del régimen político se reducirían y la irreductibilidad de los conflictos facciosos podía brindar, paradójicamente, una coyuntura favorable al proceso de reforma electoral.¹ De manera indirecta este trabajo se propone contribuir al debate en torno a la reforma electoral de 1912 a partir del análisis de la relación construida entre Roque Sáenz Peña, facciones políticas, sectores de la elite social e intelectuales nacionalistas cercanos al Partido Autonomista pellegrinista que combinaban una preocupación por el desmantelamiento de la maquinaria política roquista y por las consecuencias no deseadas del proceso de modernización, entre las que consideraban incluidas una creciente conflictividad social y el denominado “cosmopolitismo”. La correspondencia de Roque Sáenz Peña con sus amigos personales y políticos testimonia la importancia que la campaña electoral de 1909-1910 asumió para sectores de la elite porteña, situación que se articularía con diversos proyectos políticos que desde diferentes sectores del espectro faccioso o desde las clases propietarias propugnaban por una reformulación de las relaciones entre Estado y sociedad y por una erosión de la autonomía de las máquinas electorales. Se pretende avanzar, en es-

* CONICET-Instituto de Historia Argentina y Americana “Dr. E. Ravignani”.